

Demandas de identidad

¿Identidad nacional?

Juan Manuel Aragüés

La burguesía es, por excelencia, la clase que se oculta, que se disimula, que se niega como tal clase para presentarse como nación o naturaleza.



FOTOGRAFÍA: "Porque nos pisan nuestra identidad"; Miguel Sanz.

Desde los mismos inicios de la codificación del pensamiento en formas teóricas, puede advertirse una operación tendente a someter la diferencia a la identidad. Lo diferente lo es en la medida en la que se aleja de, o desvirtúa, un modelo inicial que sirve de referente. La línea dominante del pensamiento occidental, de Parménides a Hegel, ha instaurado esa lógica de la identidad en la que la diferencia queda reducida al no-ser (Parménides) o reconducida al ser de lo idéntico (Hegel). Platón es la figura que institucionaliza este gesto teórico, a través de un proceso de transcendentalización de las formas del pensar, en el que las Ideas, inmateriales, eternas e inmutables, sirven de modelo a las cosas materiales, sometidas al devenir y al cambio, a, por tanto, la diferencia. Frente a esa línea, y de modo subterráneo, como dice Althusser,

existe una tradición materialista, de los sofistas a Nietzsche, que ha hecho de la diferencia una de sus señas de identidad. Y lo que ocurre en el campo del pensamiento no es ajeno a lo que sucede en el campo de la política.

El de nación es un concepto que nace con la Modernidad. Tanto en los campos de batalla, con la guerra de los Treinta Años que culmina en la Paz de Westfalia, como en el ámbito teórico, con las teorías del contrato social, que, de Hobbes a Kant, reflexionan sobre el proceso de constitución de los estados, los estados nacionales comienzan a ser perfilados de una manera decidida en el contexto histórico de la Modernidad. Su constitución no es ajena al ascenso de una nueva clase social, la burguesía, que, desde la potencia del poder económico acumulado a partir de los estertores del Medievo, pugna

a lo largo de los siglos XVII y XVIII por hacerse con el control político. La Revolución Inglesa del XVII y la francesa del XVIII son los hitos más reseñables de este proceso.

Son muchos los teóricos, entre los que destacaremos a Barthes e Ibáñez, que han subrayado que la burguesía es, por excelencia, la clase que se oculta, que se disimula, que se niega como tal clase para presentarse como nación o naturaleza. En lo teórico, la filosofía burguesa de la Modernidad se afana en la construcción de un concepto, el de naturaleza humana, que nos habla de una esencia común, compartida por todos los sujetos, que los hace idénticos los unos a los otros. La identidad es la condición de los sujetos, lo que permite su conversión, en el liberalismo, en átomos semejantes e intercambiables, ladrillos indiferenciados en el edificio

social. En lo político, el concepto de nación se convierte en cobijo de todos los nacidos en un mismo territorio, borrando, de ese modo, cualquier huella de diferencia, ya sea de origen o de interés.

En la Revolución Francesa, la burguesía triunfante se preocupa por lanzar un doble mensaje. Hacia arriba, hacia la nobleza, tradicional detentadora del poder, la burguesía declara injustificado cualquier argumento de excelencia genealógica que pudiera amparar una pretendida exclusividad, areté, política. La sangre azul se congela en unos cuerpos cuyo destino bien pudiera ser la guillotina; muerte que, por cierto, les hermana con otros representantes del cuerpo social. Somos iguales, grita hacia los cielos una burguesía que se dice nación. Hacia abajo, la nueva clase dominante se afana en negar a las clases populares cualquier interés específico, que debe quedar sometido al interés general. Somos iguales, espeta hacia abajo una burguesía que se dice pueblo. No en vano, Rousseau contraponen el concepto de Voluntad General, base de una nueva política republicana, al de Voluntad de Todos, suma de egoísmos parciales. La potencia del planteamiento hace que no tarde en conseguir desarrollo legal. Así, en 1791 se promulga la ley Le Chapelier:

Siendo una de las bases de la Constitución francesa la destrucción de toda suerte de corporaciones de ciudadanos del mismo estado o profesión, queda prohibido restablecerlas de hecho bajo cualquier pretexto. Los ciudadanos de un mismo estado o profesión, los empresarios, los que tienen tienda abierta, los obreros y los artesanos... no podrán cuando se encuentren juntos nombrarse ni presidentes, ni secretarios, ni síndicos... ni formar reglamentos sobre sus *pretendidos intereses comunes*... Estas deliberaciones y convenciones (de ciudadanos unidos por los mismos oficios) serán declaradas inconstitucionales, atentatorias contra la libertad y las declaraciones de los derechos humanos.

Difícil encontrar, en tan pocas líneas, una expresión más acabada de la concepción liberal de la política: por abajo, el individuo aislado, idéntico a cualquier otro, por arriba, el Estado, suma de esos sujetos iguales en su naturaleza humana y, por tanto, en su condición política.

Identidad y nación: dos conceptos de una política de la trascendencia, de la verticalidad, en la que las esencias preestablecidas se posan sobre los sujetos. Identidad y nación, dos estrategias de disimulación de la multiplicidad y diversidad que articula toda sociedad. Identidad nacional, construcción teórica y política en la que el poder constituido pretende ahogar la potencia del poder constituyente.

“ Identidad nacional, construcción teórica y política en la que el poder constituido pretende ahogar la potencia del poder constituyente. ”

Y sin embargo, sin embargo, este análisis no agota la complejidad del problema. No cabe duda de que el concepto nación despierta sentimientos y deseos que desbordan la lógica de dominación descrita hasta el momento. Es más, difícil es cuestionar que la liberación nacional ha desempeñado un papel en procesos de carácter antagonista, en los que el poder constituido ha sido erosionado por una nueva propuesta constituyente.

¿Sería posible repensar el concepto de nación no desde la identidad, sino desde la diferencia? El predominio de una tradición de pensamiento a lo largo de la historia, tal como hemos subrayado más arriba, ha tenido como uno de sus efectos la articulación de todo un entramado conceptual ajustado a sus intereses, teóricos y políticos. Las herramientas de nuestro pensar se han forjado en la

fragua del idealismo, una fragua capaz de remachar cualquier arista. Se impone despensar, aprender a pensar desde el materialismo, edificar la “potente fragua” de la producción teórica materialista.

En ese sentido, y a riesgo de ser políticamente incorrecto (única posible aspiración de un pensamiento materialista), quizá no sea impropio remitirnos a la recuperación del concepto “patria” en los procesos políticos antagonistas suramericanos, y en especial en el proceso bolivariano. Resulta significativo que, en el ámbito interno, el concepto patria se recupera frente a la apropiación que del mismo había realizado una burguesía sometida a los intereses del imperialismo y del capital transnacional, lo que no dificulta que, en una segunda dimensión, de carácter externo, se articule con la reivindicación del concepto “patria grande”, para hacer referencia a Latinoamérica en su conjunto. Y resulta significativo porque el concepto patria, en este caso, se construye contra una clase interior y no frente a otra nación, a lo que debe añadirse que ese concepto de patria se entiende en un proceso más amplio con otras patrias para construir una patria común todavía por delimitar. Es decir, un proceso desde abajo, tanto en el interior como en el plano internacional y que, lejos de definir un ámbito cerrado y acabado, subraya su carácter abierto, constructivo. Patria, por tanto, como expresión de un proyecto político compartido, pero todavía por construir.

Se apunta, de ese modo, hacia la posibilidad de desarrollar un nacionalismo no excluyente, que no se construya desde la desconsideración de otras geografías o de otras lenguas, alejado de toda idea de identidad y abierto al mestizaje de la diferencia. Sin duda, toda una apuesta política que implica una relectura de las prácticas y proyectos políticos, especialmente de las políticas de alianzas. Pero, ¿acaso el nuestro no es un tiempo de relecturas e incertidumbres?